

Masculinidades y Violencia

Erick Pescador Albiach¹

Introducción

La violencia de género representa uno de los temas de máxima actualidad en nuestro país a lo largo de los tres últimos años. Y sin embargo, no se trata de un tema nuevo sino de una problemática pareja al desarrollo de las sociedades patriarcales y que ahora toma actualidad desde la denuncia pública.

Según las más recientes estadísticas, en España muere una mujer cada tres días a manos de su compañero o excompañero. Las agresiones son continuas y cada vez es más habitual abrir un periódico o encender la televisión y encontrar una noticia de este tipo. Sin embargo, ahora y antes, con mayor o menor visibilidad, la violencia de género no es algo nuevo, ya que se trata de una expresión más del tradicional vínculo desigual entre mujeres y hombres, en el que los segundos ejercen su poder y dominación sobre las primeras, tal como dicta la sociedad patriarcal de la que somos representantes. El poder se emplea como mecanismo de control y dominación de un género sobre otro, y no como fuerza circulante que regula los espacios sociales.

Si asistimos impasibles a estos hechos, cada un@ de nosotr@s, somos cómplices silenciosos de la violencia en nuestra sociedad y de sus consecuencias. Hemos llegado a integrar en lo cotidiano las noticias sobre agresiones domésticas, tal como hicimos con las víctimas del hambre o de las “guerras supuestamente inevitables”. Como simples espectador@s escuchamos en el telediario las cifras de una lucha que se gesta en la puerta de al lado, intentando hacernos insensibles. Olvidamos que podemos promover culturas de paz y que las cosas pueden vivirse de otro modo.

La pregunta inmediata es: ¿Cómo? ¿Cómo evitar la lucha entre mujeres y hombres por el poder? ¿Cómo comenzar ese cambio? La respuesta está en las cosas más sutiles y en las más evidentes, del mismo modo en que se nos muestra la violencia. En ocasiones, una vida conducida por el estrés, una vida que nos vive, hace que perdamos el contacto con la realidad y dejamos de escuchar y escucharnos. Hechos que no deberían ser normalizados se convierten en cotidianos. La violencia está inmersa en los medios de comunicación, pero también en nuestra forma de vincularnos con l@s demás, sobre todo en las relaciones mujer-hombre.

Acabar con la violencia requiere hacerla visible pero también modificar el sistema que la sustenta, el modo en que nos vinculamos entre países, personas, compañías, géneros, etc., y crear nuevos espacios de paz.

¹ Sociólogo, psicólogo social. Sexólogo.

Hacer visible la violencia es admitir su valor social y reconocerla también en nosotr@s mism@s y en nuestras actitudes. Todo sistema de desigualdad genera violencia, de modo que debemos revisar qué modelo de relaciones humanas escogemos.

En el caso de las relaciones entre mujeres y hombres podemos empezar cambiando las concepciones e ideologías que sostienen nuestra identidad de género y plantear al fin unas relaciones desde la equidad: lo femenino vale lo mismo que lo masculino, lo masculino vale lo mismo que lo femenino.

El cambio debe ser global en las concepciones de mujeres y hombres, aunque no cabe duda de que los segundos tenemos que hacer un mayor recorrido. Por nuestra parte deberíamos acabar con la apariencia, con la competencia y las luchas de poder. Colaborar en la creación de espacios donde la igualdad y el respeto de la diferencia son el punto de partida para entablar las relaciones entre personas. Luchar en compañía para que el género no marque la diferencia sino la diversidad de dos espacios compatibles.

Pero antes de entrar a tratar cómo se puede iniciar el cambio, es preciso reconocer la violencia, en especial la masculina y entender sus orígenes. Éste representa el objetivo clave de mi discurso.

El aprendizaje de la violencia

La violencia masculina, en palabras de Montoya² (1998,14), viene representada por «...todo acto de agresión física, verbal, psicológica, sexual o económica ejercida por los hombres contra mujeres, niños, niñas y contra otros hombres en un esfuerzo por afirmar poder y dominio sobre los demás. La violencia de los hombres contra las mujeres ha sido uno de los principales instrumentos de preservación del sistema patriarcal y, a su vez, es un reflejo de su crisis de legitimidad.»

Sin embargo, ésta no es la única forma en que se nos muestra la violencia; está presente en las relaciones humanas por defecto. Mujeres y hombres la aprenden y la guardan en su interior como recurso de acción y reacción, y surge en momentos de tensión o simplemente como mecanismo habitual de relación. Es lo que llamaremos **violencia estructural** o inherente al Sistema Social.

Su génesis reside en el miedo y la rabia, y aparece expresada especialmente por los varones. La incapacidad de expresar y contener tales sentimientos provoca el libre fluir de la emoción sin control alguno. Cuando ya no es posible retenerla en el interior,

² Oswaldo Montoya es un reconocido experto en el tema de la violencia masculina en Nicaragua. Él creó hace 6 años con el apoyo de distintas organizaciones de mujeres la asociación Puntos de Encuentro, que publica al año al menos dos títulos en torno a este tema y que gestiona campañas en contra de la violencia doméstica.

sencillamente estalla. Pero lo peor es que se nos enseña la seguridad de estar autorizados a usarla.

Más allá de los mitos, parece como si la educación recibida por las mujeres fuera menos tendente a la violencia, al menos a expresarla abiertamente. Quizás al ser educadas para la crianza y para el cuidado quede menos espacio para los actos violentos explícitos.

Pero la violencia también está presente en la mujer de nuestros días y se expresa contra su propio cuerpo, contra su sexualidad y, de forma más sutil, contra quienes intentan poner en cuestión el desempeño de su rol femenino. También está presente en las mujeres en tanto que contiene y sostiene la violencia de otros.

La violencia que esconde el patriarcado aparece como mecanismo punitivo o de control, el último argumento de las naciones y de las fuerzas del orden. Con la violencia se asesinan las libertades individuales y colectivas pero se alcanza el poder de unas personas sobre otras. Ése es el sentido de las guerras, anular lo diverso a través de la fuerza para imponer un solo pensamiento.

En general la violencia está presente en todos los espacios públicos y privados:

- En el seno de la familia los actos violentos son también un mecanismo de control (de anulación de las disidencias frente a lo establecido) que viene expresado en forma de agresión física o verbal, descalificación o la simple desconsideración de las personas mayores frente a las más pequeñas. Esto genera fácilmente un deseo de ser mayor para poder ejercer el mismo tipo de tiranía al que fuimos sometidos.
- Desde la escuela pero también en casa, aprendemos desde muy jóvenes la jerarquía existente entre los géneros: “Los hombres hablan, las mujeres callan”. El poder lo ostentan los varones, si alguien hace una trastada la respuesta de la madre es: “Cuando venga tu padre vas a saber lo que es bueno”. Con ello el poder y el castigo surgen siempre del varón que es quien debe preservar el orden, pero también la honra: Si una joven es desflorada, el padre será el encargado de buscar y apiolar al responsable, mientras la madre enjuga las lágrimas de su hija.
- En los juegos de siempre y en los de ahora hay una importante segmentación. Las chicas tienen juegos de acogimiento y cuidado del prójimo. Ellas juegan a los papás y a las mamás, a los médicos y las enfermeras, etc., y siempre en espacios limitados. Mientras, los chicos se introducen en batallas, guerras y disparos, juegan a buenos y a malos, a policías y ladrones y a héroes karatecas, siempre en espacios abiertos, expansivos, sin límites. Esto sin duda va generando dos formas distintas de entender la vida, las relaciones y la comunicación: para unas es el acogimiento, para otros la lucha, a priori incompatibles.

- En el lenguaje aparece con facilidad el argumento de la violencia: “Es que es para matarlo...”, “si le hubieran dado un par de tortas a tiempo...”, “él no sabe llevar a su esposa como es debido... en mis tiempos así de firmes iban todas...”.
- En la relación entre las naciones también existen los espacios de dominación y sumisión y por tanto la violencia. Sin ir más lejos las continuas injerencias de EE.UU. en el territorio de otras naciones sobre las que posee algún tipo de interés económico. Vemos en esos casos cómo un tipo de violencia es validado mientras que otra, aún siendo del mismo tipo, es condenada.

Aunque esto bien podrían ser descriptores de otros tiempos, lo cierto es que la gente más joven sigue sufriendo y reproduciendo este mismo esquema. Nada ha cambiado demasiado, quizás la realidad sólo ha sido maquillada.

En un estudio realizado en Madrid el año pasado entre chicas y chicos de 14 a 18 años, a la pregunta: ¿Qué es lo que tiene que hacer un hombre para ser un hombre de verdad? contestan: “Ser serios...”, “tener fuerza...”, “demostrar lo que vales...”, “ligar mucho...”, “nada, sólo ser un hombre de verdad, como debe ser...”

Cuando interrogamos sobre la relación de los chicos con la violencia las respuestas son: “Los chicos somos más violentos”, “las chicas también tienen lo suyo pero es diferente, se lo guardan más, son como más vengativas”, “ellos son más brutos”, “pero nosotras también sabemos pegar” ...

La violencia es un elemento reforzador de las masculinidades de nuestros jóvenes, según el modelo patriarcal tradicional. Para reafirmar su identidad masculina, es decir, para no ser chicas, tienen que pelear, ser ganadores, tener poder, ser violentos y ejercer la violencia tal como lo hacen sus héroes del cine.

Las chicas imitan el modelo dominante y empiezan a hacer uso de la violencia para defender su espacio, sus derechos o a su novio frente a otras chicas. En los tres centros investigados aparecieron episodios violentos recientes protagonizados por chicas. En dos de las ocasiones la causa era un chico, en la tercera una riña entre amigas. En los tres casos volaron sillas, hubo puñetazos, sangre y puntos de sutura. La violencia es una cuestión de género y de desigualdades, pero también una cuestión social, y se extiende porque no se cuestiona en sí, sólo nos lamentamos de sus consecuencias. El modelo patriarcal de **valores masculinos** sigue imponiéndose, de modo que todas las personas incorporan esos valores, sin importar su género o condición.

¿Por qué darle tanta importancia a la creación y mantenimiento del poder a través de la figura masculina? ¿Por qué darle tanta importancia al patriarcado? Porque sin duda éste es el origen de la desigualdad real o simbólica que hoy genera la violencia de género.

La violencia ha sido siempre un valor positivo que aparece reforzado cada día en nuestra sociedad. Se valida como mecanismo de alcanzar objetivos. En las películas, el héroe consigue salvar a la frágil heroína gracias a la fuerza bruta, con un puñetazo y dos patadas de karate acaba con el malo, y por una pelea “a brazo partido” recupera el dinero y la fama... ¿Cuántas películas de nuestro tiempo podrían salirse de este esquema o de otro similar?

Las raíces patriarcales de la violencia: La masculinización de la violencia y el cambio

Se plantea entonces un necesario cambio desde la educación, un cambio en los contenidos curriculares que modifiquen la condición de dominación y agresión que garantiza las masculinidades en los varones, y la sumisión y victimación que asegura el estatus de las mujeres tal como debían ser en el pasado. Pero el análisis no es tan simple y bipolarizado como pueda parecer. Sumado a estos arquetipos de hombre y mujer, existe una lucha por defender la violencia como valor social para alcanzar distintos logros, y por tanto es asumido tanto por mujeres como por hombres.

La identidad masculina hegemónica queda definida por dos procesos psicológicos simultáneos: «el hiperdesarrollo del yo exterior (hacer, lograr, actuar,...) y la represión de la esfera emocional» (Corsi, 1995, 15). Estos procesos de continuo autocontrol generan una importante tensión que a su vez da origen en los hombres a episodios de violencia incontrolada, más frecuentemente que en las mujeres.

El resultado es que la violencia masculina surge desde esa lucha por el aparentar y demostrar que se es un auténtico macho, y es reforzada desde el papel social que se le otorga al varón frente a la mujer. El proceso se realimenta en cada episodio, pero la tensión crece cuando el varón debe ser violento para ser un hombre de verdad, y al tiempo la sociedad condena en el afuera las actitudes violentas. Es por esto que es posible encontrar a hombres profeministas, progresistas e identificados con la lucha por la igualdad, etc., y que en la intimidad golpean a sus compañeras. Aunque no haya justificación alguna a tales actos, se trata de un dictamen del patriarcado que afecta a la identidad de los varones: “si no eres violento, si no dominas y posees el control y el poder no eres hombre”.

Gil Calvo habla en su libro *El nuevo sexo débil* (1997) sobre la figura de la madre masculinizante. Son aquellas madres que temiendo que su hijo no sea un “hombre de verdad” controlan las expresiones del afecto, coartan la libertad de expresión de los sentimientos de miedo o tristeza o cualquier otro que implique debilidad. De este modo es la propia mujer quien genera un varón insoportable para otras mujeres y que hablará un idioma distinto a todas ellas. El resultado será un “hombre de verdad” pero sin sentimientos, hábil para el mundo del trabajo pero no para las relaciones humanas. Se declara “amante de las mujeres y observador de su belleza y

simpatía” pero en el fondo las teme y las odia porque pueden cuestionar su poder. Es fácil que estos “hombres de verdad” de apariencia modélica vivan la frustración de no permitirse sentir o vivir el placer, para ellos todo es una obligación más que deben cumplir para obtener la recompensa del reconocimiento social. Se trata de auténticas bombas de relojería con forma de varón.

La invisibilización de la violencia

La violencia se muestra habitualmente de formas muy sutiles. Su carácter estructural provoca que se manifieste en todos los espacios sociales, pero siempre queda invisibilizada por la normalidad o la cotidianeidad de la misma.

En muchas ocasiones un gesto, una expresión o una costumbre pueden estar reproduciendo las estructuras de dominación y por tanto de violencia.

Bonino (1998) nos habla de una masculinidad sutilmente sustentada por los micromachismos y que contiene gran cantidad de microviolencias que permiten recuperar las estrategias tradicionales de dominación. En palabras de Bonino y refiriéndose a los micromachismos que generan violencias poco visibles o invisibles:

«...un repertorio de comportamientos de dominio masculino, que se reconocen fácilmente al nombrarlos pero que habitualmente, aunque se sientan sus efectos, suelen ser difíciles de detectar claramente y cuya efectividad resulta en gran parte de su carácter sutil y casi imperceptible (para quien no está entrenado/a en su detección) . Estos comportamientos , casi desapercibidos (para quien no sepa verlos) y muchas veces vistos como “normales”, representan las “armas”, trucos y trampas más habituales de los varones violentos y no violentos para ejercitar en lo cotidiano la violencia de género.»

Y haciendo referencia a la responsabilidad de los varones:

«De la perpetuación de estas prácticas de microviolencia cotidiana, así como de las otras violencias contra las mujeres, los varones son responsables, no ellas, y por tanto a ellos les corresponde intentar modificarlas en sí mismos si desean relaciones igualitarias y cooperativas con las mujeres.»

Esta expresión de la dominación masculina dirigida a reafirmar la identidad de cada varón, aparece en la vida cotidiana de todas las personas y pasa fácilmente inadvertida.

Más allá de las agresiones físicas y psicológicas, aparecen las agresiones por invasión y violación del **Espacio Personal (EP)**, del propio y del ajeno. La violencia es también eliminar o limitar el espacio de la otra persona. El concepto de EP pertenece a

Sanz (1995, 176-204) dentro del libro *Los vínculos amorosos*, y lo expresa de la siguiente forma:

«Nuestro EP en términos generales es nuestra vida. Conlleva implícitamente el concepto de libertad, de individualidad, de autoresponsabilidad con la propia vida.»

Esto viene a significar que aquellas personas que no se hacen cargo de su vida y que no son dueñas de ella están destruyendo su EP y por tanto ejercen violencia contra sí mismas. Al tiempo, si otra persona invade tu espacio de habla (interrumpiéndote de forma continuada en una conversación), invade tu libertad sexual (tomando sus deseos por encima de los tuyos), menosprecia tu individualidad (“haciéndote de menos” a cada momento), está ejerciendo violencia sobre ti.

El caso más extremo de lo que comento aparece cuando hablamos del amor y consideramos el hecho de que amando también se puede ejercer violencia. Hace unas semanas asistí a un curso sobre Violencia de Género impartido por Irma Saucedo³. En aquel curso una de las cosas que más me impactó fue precisamente esto: ¿Cómo se puede violentar amando? La respuesta podría estar en expresiones como las que siguen:

- ↑ “Te quiero tanto que no te puedo ver con otras personas.”
- ↑ “Si me quisieras tanto como yo a ti, no saldrías con tus amigas y te quedarías a mi lado.”
- ↑ “Te amo tanto que siempre estaré a tu lado, porque una pareja debe hacerlo todo siempre en compañía.”

En nuestro país, una misma agresión es delito en el espacio público y no lo es en el privado. Utilizando el amor, el matrimonio y el compromiso de la pareja como bandera, se puede violentar a otras personas con casi total impunidad. Estamos hartos de oír en los juicios por agresión o violación que existen atenuantes: por celos, porque la quería mucho y se volvió loco, porque las relaciones sexuales entran en el débito conyugal... y otra sarta de barbaridades que no son propias de una justicia justa y ecuaníme.

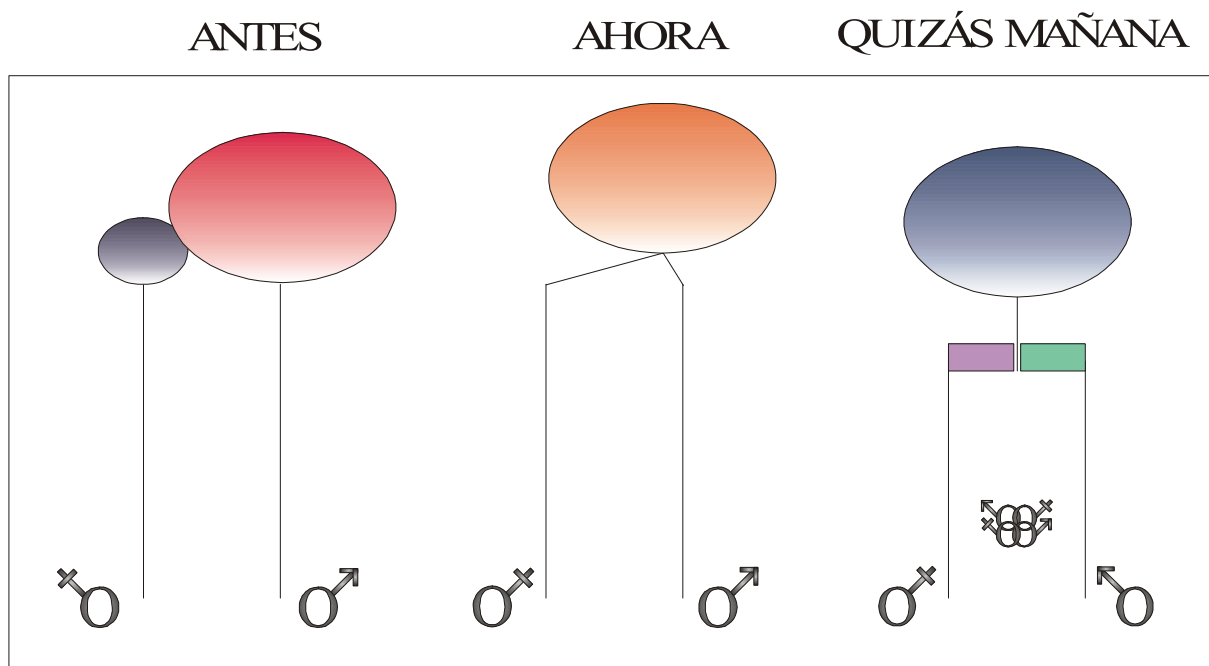
Procesos de desigualdad básica

En el esquema que aparece a continuación, podemos ver tres tiempos distintos en las relaciones de género. En nuestro pasado más próximo y ligada a la tradición judeocristiana, aparece una relación desigual pero equilibrada desde las normas sociales. El hombre ostenta el poder y el espacio público

³ Ella es Profesora en el Colegio de México en el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer. Colabora con Coriac, una importante organización mexicana que promueve programas contra la violencia masculina y el trabajo sobre la reestructuración e las masculinidades.

Existe una “Estructura Básica de Desigualdad”. Las mujeres habitan en un mundo de hombres, de estructuras patriarcales y rechazo a lo designado como femenino. La propuesta es generar una estructura que, desde un concepto de sexualidad placentera, reconstruya un mundo común para mujeres y hombres, para personas, independientemente de su género. Se trata de generar un espacio para el placer, para las relaciones en paz e igualdad, donde todo el cuerpo recupere su capacidad de sentir y donde el proceso sustituya a los fines. Esto es posible aprendiendo a abrir nuestros horizontes, nuestras miles de posibilidades de disfrutar del sexo, sin juzgar o coartar, con el único límite o requisito de ser deseado por la o las personas que participan de una sexualidad diversa. Y a través de la sexualidad a cada uno de los espacios sociales dentro del mundo de lo cotidiano. En el diagrama podemos ver ese nuevo espacio de igualdad deseable que nos permite compartir un mismo código para llegar a otros lugares de placer real y no reconstruido o diseñado por la tradición.

En el segundo esquema se representa la relación creciente en nuestros días, el modelo patriarcal y sus valores se hegemonizan y la mujer entra en el espacio sin modificarlo apenas, imitando estrategias y mecanismos de poder pero sin plantear alternativas al modelo patriarcal.



Por último en el tercer diagrama aparece un posible espacio de paz donde se cambia el modelo patriarcal y sus valores por otros consensuados, se posibilitan las relaciones en paz desde un aprendizaje libre e igualitario. Mujeres y hombres trabajan conjuntamente por un cambio del modelo de dominación-sumisión, donde es posible cualquier forma de vínculo

Creemos que es necesario generar un tercer nivel de discurso, que permita a las personas disfrutar desde su condición de género, sea ésta cual sea. Pero es necesario estudiar el conflicto desde su raíz. La idea es reivindicar la igualdad desde lo femenino y desde lo masculino, trabajando desde la estructura de asociacionismo generado ya por la mujer y potenciando la creación de un discurso crítico desde y sobre lo tradicionalmente masculino, también para alcanzar una sexualidad en conflicto. Para superar todo ello, es preciso resignificar nuestra idea de género y de sexualidad. Existe una división tradicional que confiere a mujeres y hombres características irreconciliables a partir de una polaridad caprichosa que no atiende al sentir de las personas y que dificulta las relaciones intra- e inter- género.

Los varones luchaban por la igualdad en tanto quedaba reforzada su posición de dominación; así sucedió tras el 68 y los primeros años de la década de los años setenta. Los hombres se unían a las mujeres en su lucha por la igualdad para aumentar su accesibilidad a la sexualidad. El cambio estaba siempre en ellas, mientras los varones se adaptaban a todo cambio que no implicara una pérdida de poder social, laboral, cultural... (Gil Calvo, 1997).

Estos hechos y la propuesta de una sexualidad libre sin normas de género, descubre la piedra de toque para alcanzar muchas de las preguntas y respuestas que se plantean en la presente investigación:

¿Qué modelo de hombre exige la sociedad? ¿Cómo son y se comportan los hombres de las futuras generaciones? ¿Cuáles son los deseos y expectativas ante el “nuevo hombre”? ¿Qué piensan hombres y mujeres de los sentimientos, la crianza de l@s hij@s, la sexualidad, etc.? ¿Existen cambios en comparación con los modelos de género anteriores? ¿Cuál es el futuro de las relaciones entre géneros?

La sociedad impone espacios de lucha y de enfrentamiento entre los géneros.

La violencia como reafirmación del poder y de la identidad masculina

En muchos lugares, el hombre que no agrede de forma habitual a su compañera, o aquel que no impone en toda ocasión su criterio, es considerado un hombre blando, un “maricón”, un “no hombre” y por tanto su identidad como varón queda dañada. En otras ocasiones la muestra de iniciativa o la asertividad de la compañera era vivido por sus compañeros y allegados como una forma de restarles autoridad. Al llegar a un restaurante podemos ver como es siempre el hombre el que hace el pedido al camarero o quien prueba el vino o quien recibe el cambio independientemente de quien haya pagado, una inversión de esta norma genera conflicto incluso en nuestro país.

Uno de los requisitos sociales para ser hombre es serlo gracias a la dominación sobre alguna mujer, y esta dominación siempre implica privación de libertad y por tanto violencia contra la otra persona.

Resulta fácil pensar que estas cosas le suceden a otra gente, pero la sorpresa sobreviene cuando somos conscientes de que el marco que define a los varones violentos resulta más amplio de lo esperado:

Posibles modelos de varones violentos

Sin pretensión alguna de taxonomizar lo masculino y a sus actores, creo importante revisar algunos modelos de *ser varón* que están de rabiosa actualidad y que aún hoy necesitan de la violencia para ser representados. Empecemos por los menos visibles:

- El **varón supuestamente progresista**. Comparte los ideales de igualdad y no violencia con su pareja, ha asistido a cientos de cursos y conferencias, e incluso ha gritado en alguna manifestación en apoyo a los derechos de las mujeres. Se trata de un varón políticamente correcto que no siempre lleva a la práctica cotidiana todo lo aprendido. Se caracteriza por no dejar pedir a su compañera o a otras mujeres en un restaurante. Él cocina algunas cosas pero de extrema laboriosidad y puede molestarse si no se sabe reconocer su arte culinario. Suele “ayudar” a su compañera a freír los platos, y en todo aquello que considera que ella ha de ser ayudada. También “permite” que ella tome decisiones e incluso “da su consentimiento y no objeta nada” a que tenga su propia vida y sus propias amistades. Pero en todos estos actos de “inconmensurable derroche de generosidad” el supuesto varón progresista no ha soltado el poder de su mano y lo ejerce incluso para regalarlo. Es normal por tanto que los actos violentos sobrevengan cuando las cosas no salen como él había previsto. La violencia que ejerce suele ser de tipo verbal. Se hace más visible cuando discute encarnizadamente sobre feminismo con una mujer feminista. En el amor suele competir consigo mismo para cumplir como buen amante, olvidándose habitualmente de sentirse a sí mismo y a su compañera.
- El **varón hijo de una madre masculinizante**. De aspecto apocado y rostro angelical, parece no haber roto un plato en su vida; sin embargo tiene un pronto que sólo se lo aguantaba su madre. Suelen ser hijos únicos, o varón entre muchas mujeres, predilectos de la madre o de alguna figura femenina equivalente. Son indecisos y suelen relacionarse con mujeres similares a la madre, en este caso, directivas, mujeres masculinizadas, con trabajo fijo y estable y cierto poder económico; son mujeres que se han hecho a sí mismas y que no paran de repetirlo. Él nunca tendrá un trabajo estable y se castiga por ello continuamente; compensa su tiempo libre haciéndose cargo del hogar y de la crianza. La violencia sobreviene cuando intenta diseñar su espacio personal y no puede, o cuando se ve sumamente

cargado por cientos de pequeñas renunciaciones. Se expresa con arranques de rabia y puntualmente con agresión física. Como castigo a su pareja dice no desearla, como si de una rabieta infantil se tratase. Es un niño que se resiste a ser hombre y enfrentarse a sí mismo y a su pareja.

- El **varón en paro**. Son hombres que pierden de forma inesperada el poder que les concedía el dinero y un trabajo estable. A veces se encuentran en paro o simplemente tienen ingresos inferiores a los de su pareja. La continua proletarización de los varones, o su menor nivel de estudios y o de constancia, hace que éstos no encuentren trabajos estables y bien remunerados. Sin trabajo no le queda otro remedio que cuidar de la casa y de l@s hij@s. Su pareja, en otro tiempo sometida por la tradicional superioridad masculina, encuentra un momento perfecto para la venganza y devuelve a su compañero los mismos desmanes y exigencias recibidas. La agresión verbal y física suele aparecer por ambas partes y el desencadenante suele ser alguna disputa de tipo doméstico⁴. Muy frecuentemente la cama se convierte en el perfecto campo de batalla con la consiguiente eliminación del deseo.
- El **varón que pierde progresivamente su poder**. Se trata de casos cada vez más extendidos y tienen que ver de nuevo con la recolocación de la mujer en el mundo laboral. Se trata de hombres que han pasado la barrera de los 50, con cierto grado de simpatía y algún que otro repente desafortunado. Está muy chapado a la antigua pero sólo de boquilla y frente a los amigos, ya que muy en el fondo es un trozo de pan. Durante años él lleva las riendas del hogar, ejerció de cabeza de familia y de marido pesado. Sin embargo llegado un día un cambio de pareja o la renovación laboral de la de siempre le hace ir recogiendo velas y equilibrando el reparto del poder. Hace años no hubiera consentido que su compañera trabajase bajo ningún concepto, pero ya con los chic@s mayores y fuera de casa y “para que ella no se aburra” pues todo se puede negociar. En ocasiones surgen roces y pequeñas peleas por el poder, sobre todo si se habla de dinero, pero el motivo de los episodios violentos es otro. De repente él toma contacto con lo que debe ser y se recuestiona su masculinidad, bombardea las iniciativas laborales de ella y le molesta que le vayan bien las cosas, no sabe apoyar a su pareja cuando ésta tiene un conflicto laboral y como respuesta le ofrece el abandono de la actividad y que las cosas vuelvan a ser como siempre. Puede realizar algún acto de violencia física pero jamás contra su compañera, más fácilmente contra algún mueble o pared. La calidad de su sexualidad en términos de placer y disfrute mutuo suele ir aumentando.
- El **varón agresor**. Es por excelencia el agresor más visible. Su infancia fue muy dura y sin afectos, aprendió la violencia como mecanismo de control y de relación, es responsable de sus actos pero no puede cambiarlos porque la renuncia es muy grande

⁴ En las Rozas en octubre de 1994 se denunciaron seis episodios de estas características, la demanda por agresión la interponía el varón. Aunque esto no deja de ser pura anécdota ya que la agresión suele producirla el hombre y no la mujer en el 99% de los casos.

ya que se trataría de rehacer su vida por completo como hombre y como persona. Los procesos de violencia son físicos y por tanto psicológicos. Dice amar a su compañera pero sin embargo la golpea, porque no la entiende y porque paga con ella cualquiera de sus frustraciones, a veces con ayuda del alcohol y las drogas, a veces sin ella. No importa de qué clase social provenga, las dificultades económicas sólo son un agravante en ocasiones. El concepto profundo que posee de la mujer es que se trata de un ser dañino, sin valor y despreciable, radicalmente distinto a un hombre, tal como la cultura judeocristiana las muestra. Lo que él más teme en este mundo sería parecerse a una mujer, por eso no se permite sentir.

Ninguno de estos estereotipos responde a casos patológicos y para el público pueden representarse dentro de la normalidad. De hecho podríamos decir que todos los varones, tenemos o hemos tenido algo de lo que aquí se describe.

Es claro que pocos varones pertenecen de forma pura a alguna de estas categorías, sin embargo es fácil encontrar las más rocambolescas combinaciones.

En justa correspondencia sería interesante analizar los modelos de varón que podrían no generar violencia (éstos no se dan en estado puro tampoco).

- El **varón que asume la pérdida progresiva de poder**. Son los mismos varones de 50 que ya han cumplido los 60 o incluso se han jubilado y empiezan a disfrutar de la compañía de su pareja sin obligación alguna; que salvo ramalazos o reminiscencias del pasado dominador, recolocan su vida frente a la mujer que aman y frente a otras mujeres que en otro tiempo no respetaron
- El **varón que cuestiona de forma continuada su masculinidad**. Jóvenes pero sin pretensión de demostrar nada a nadie. Revisan de forma continuada el modelo en el que han sido educados pero no para caminar sobre la continua incertidumbre sino para reafirmar su identidad y su espacio personal sin necesidad de anular la de otras personas. Se trata de un individuo que respeta a la mujer como persona.

En todos los casos, el “miedo a no ser lo suficientemente hombres”, a no cumplir con el modelo establecido, aparece como factor explicativo en el origen.

En último término es conveniente recordar que no sólo los varones ejercen violencia ya que, como antes apuntábamos, la violencia reside en la sociedad y por tanto en todas las personas que la constituyen. Por todo ello es posible encontrar a mujeres ejerciendo violencia en términos de masculinidad tradicional (retomando las estrategias patriarcales dominantes) o en ultra feminismo de la diferencia, que no sólo pretende evidenciar las diferencias sino incrementarlas. Aunque he de decir, como varón y como persona, que éstos son casos por el momento anecdóticos.

Violencia y sexualidad

Sexualidad y violencia son dos opuestos naturales; sin embargo casi todas las formas de violencia de género tienen importantes repercusiones sobre la sexualidad de las personas, tanto de las mujeres como de los hombres.

Esto significa que fácilmente resulta ser el espacio más dañado. Si entendemos la sexualidad como un hecho global, si ésta se ve afectada, de igual forma se verá afectado el vínculo, no sólo con la pareja agresora sino con todas las personas de su género.

En muchas ocasiones la agresión de un hombre sobre una mujer genera la estereotipación del comportamiento masculino; es decir se identifica una parte de los varones que agreden con la totalidad, lo que genera a su vez una fractura mayor entre géneros y que hombres que no ejercían la violencia de modo habitual la practiquen o la justifiquen al sentirse atacados.

Debemos ser conscientes de que la violencia reside en tod@s nosotr@s, de tal modo que somos potencialmente agresor@s porque así nos han educado, así es la sociedad en que vivimos. El único límite aparece si somos capaces de reconocer y controlar esa violencia interna que se genera desde el exterior.

Hace apenas un mes asistí a unas jornadas sobre Violencia de Género en Valencia. Como suele ser habitual, el número de mujeres era considerablemente mayor que el de hombres.

Si entendemos la sexualidad y el afecto como forma de relación placentera y en paz con otras personas, la mitad de las cosas que llamamos sexualidad quedan excluidas. La cama es muchas veces un campo de batalla para dirimir las disputas de lo cotidiano, de la pareja, de la crianza de las hijas e hijos, de las cuestiones laborales y domésticas, etc.. De este modo debió ser que escuchamos mal el eslogan de finales de los sesenta, aquel de “haz el amor y no la guerra” y acabamos “haciendo la guerra mientras hacemos el amor”.

¿Cómo puede la violencia expresarse a través de la sexualidad? Habitualmente en forma de invasión del espacio íntimo de la otra persona o por medio del chantaje.

- En el primer caso se trata de una agresión por privación de la libertad de elección. Se anula el placer de la otra persona, deja de ser sexualidad para convertirse en alguna otra cosa (una violación o un abuso sexual).
- En el segundo aparece el chantaje como coacción o negación del placer propio y ajeno. Este tipo de violencia sexual es bastante más común pero no aparece en los medios de comunicación. Surge en aquellos momentos en que

utilizamos el sexo como arma arrojadiza: “Pues ahora no disfruto y no me corro... y además se lo digo”, “Como no has bajado la basura ahora no quiero acostarme contigo”, “Tú ganarás más dinero que yo pero ya no me excitas, no siento nada contigo”...

La negación o restricción de la sexualidad genera violencia sobre el propio cuerpo y posiblemente sobre el cuerpo de otras personas. Todas aquellas personas cuya sexualidad ha quedado castrada o limitada es potencialmente agresiva, al rebelarse contra esos límites desde el miedo, y como ya vimos el miedo representa el origen de muchos actos violentos.

Las agresiones, y más aún las de tipo sexual, son siempre agresiones contra un@mism@.

Falta entendimiento entre hombres y mujeres y es necesario crear un lenguaje común que excluya las agresiones y las disputas causadas por una educación diferenciada en la que las mujeres no pueden expresar la emoción y los hombres no pueden expresar el sentimiento.

Mecanismos educativos y asistenciales para contrarrestar el asentamiento de la violencia

¿Qué se puede hacer desde la sanidad pública y más concretamente desde la atención primaria? Ante una demanda de asistencia por agresión:

- Seguir el procedimiento indicado por el protocolo.
- Evitar todo tipo de comentarios fuera de lugar.
- Evitar cualquier tipo de interrogatorio.
- Escuchar y comprender a la persona afectada.
- Permitir, como en cualquier trabajo de acompañamiento, que sea la persona afectada quien demande, por ejemplo, el contacto físico o el acogimiento.

Con las mujeres:

- Reafirmar su identidad.
- Colaborar a que puedan construir su espacio personal.
- Educar en la generación de nuevos espacios de igualdad.
- Contener.
- Reeducar en las relaciones de pareja.

Con los hombres:

- Mostrar las ventajas de un nuevo modelo de ser hombres.

- Entender la silenciosa queja que no pueden expresar.
- Escucharlos e instarlos a que escuchen.
- Enfrentarlos con su rabia y sus miedos.
- Evaluar su comportamiento en situaciones extremas, también bajo los efectos del alcohol y las drogas.
- Ayudarles a asumir y enfrentar sus responsabilidades.
- Colaborar para que concluyan las búsquedas y las luchas por su identidad.
- Reafirmar su identidad.
- Cuestionar el sentido del rol de dominación.
- Educar en una paternidad presencial y responsable.
- Reenseñar los vínculos y las formas de amar.
- Educar en sexualidad y afectividad.
- Motivar a los varones violentos o no a que realizan talleres sobre masculinidades, para así revisar aspectos conflictivos de su identidad.

Como profesional de la Atención Primaria:

- Solicitar y continuar la formación en este tipo de cuestiones

Por último, recordar que una adecuada capacitación en intervención en temas de violencia doméstica y violencia de género requiere de un profundo conocimiento en las siguientes cuestiones:

- ¿Cómo detectar la violencia?
- Practicar y conocer las técnicas de intervención y de las técnicas de atención para estos casos.
- Conocer y entender el lugar del / la profesional.
- Saber reconocer por qué, para qué y desde dónde intervenimos.
- Detectar el límite de nuestros conocimientos y capacidades.

En consecuencia, mi recomendación es que entre tanto se recurra a las vías y mecanismos de derivación oportunos lo antes posible.

Bibliografía

- Amorós, C. (1991). *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. Barcelona: Anthropos.
- Amorós, C. (1994). *Historia de la Teoría Feminista*. Comunidad de Madrid.
- Arango, C. (1998). “Conceptos básicos para la intervención comunitaria”. Valencia: Apuntes Seminario Intervención Comunitaria en Salud Mental. Insalud.
- Badinter, E. (1992). *X Y La identidad masculina*. Madrid: Alianza.
- Barbera, E. (1998). *Psicología del género*. Barcelona: Ariel.
- Barragán, F (1998). *Ampliar los horizontes masculinos y femeninos: Las expresiones de las masculinidades en la adolescencia*. Informe inédito.
- Bly, R. (1991). *Iron John*. Madrid: Circulo de Lectores.

- Bonino, L. (1995). *Los varones y el cambio de las mujeres*. Materiales de trabajo nº 27. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales. Dirección General del Menor y la Familia.
- Bonino, L. (1996). "Grupos de Reflexión de Varones". Rev. *Modelos Grupales de Psicoterapia*. Madrid: SEGPA.
- Bonino, L. (1996). "La condición masculina a debate: Teoría y práctica sobre el malestar de los varones". Rev. *Área 3*. nº 4. Madrid: Asociación para el Estudio de Temas Grupales, Psicosociales e Institucionales.
- Bonino, L. (1998). *Micromachismos*. Bruselas: City & Shelter (Euro PRO-Fem, www.menprofeminist.org).
- Connel, R.W. (1998). "Enseñar a los chicos: Nuevas investigaciones sobre la masculinidad y estrategias de género para la escuela". *Kikiriki*. Nº 47 (52-68)
- Corneau, G. (1991). *Hijos del silencio*. Barcelona: Circe.
- Corsi, J. (1995). *Violencia masculina en la pareja*. Buenos Aires: Paidós.
- Fernández, J. y otr@s (1996). *Varones y Mujeres: desarrollo de la doble realidad del sexo y del género*. Madrid: Pirámide col. Psicología.
- Fernández, J. (1998). *Género y sociedad*. Madrid: Pirámide col. Psicología.
- Freixa, C. (1998). *Ellos y nosotras*. Barcelona: Icaria.
- Giddens, A. (1995). *La transformación de la intimidad*. Buenos Aires: Paidós
- Gil Calvo, E. (1997). *El nuevo sexo débil: Los dilemas del varón posmoderno*. Madrid: Temas de Hoy.
- Gilmore, D. (1994). *Hacerse hombre. Concepciones de la masculinidad*. Buenos Aires: Paidós.
- Golberg, H. (1992). *Hombres, hombres: Trampas y mitos de la masculinidad*. Madrid: Temas de Hoy.
- Hyde, J.S. (1995). *Psicología de la mujer: La otra mitad de la experiencia humana*. Madrid: Morata.
- Kaufman, Michel (1989). *Hombres, placer, poder y cambio*. Santo Domingo: Taller.
- Kreimer, J.C. (1991). *El varón sagrado. El seguimiento de una nueva masculinidad*. Buenos Aires: Planeta.
- Kreimer, J.C. (1994). *Rehacerse hombres*. Buenos Aires: Planeta.
- Ladi Londroño, M.(1994). *Ética de la ilegalidad*. Cali: Fundación para la Investigación en Salud y Derechos Reproductivos de la Mujer.
- Marqués, J.V. (1991). *Curso práctico para varones sensibles y machistas recuperables*. Madrid: Papagayo.
- Marqués, J.V. y Osborne, R. (1992). *Sexualidad y Sexismo*. Madrid: Fundación Universidad-Empresa.
- Montoya, O. (1998). *Nadando contra corriente: Buscando pistas para prevenir la violencia masculina en las relaciones de pareja*. Managua: Fundación Puntos de Encuentro.
- Pescador, E. (1997). *La masculinidad y la vivencia del placer*. México: Archivos Latinoamericanos. Vol. II, 2; 173-181.
- Pescador, E. (1998). *Talleres sobre Sexualidad y Masculinidades*. México: IX CLASES

- Pescador, E. (1999). *Sexualidad y masculinidades: Grupos de hombres*. Vitoria: Primera Camapaña del Ayuntamiento de Vitoria sobre Sexualidad y Juventud.
- Ramos Buonomo, J. (1995). *El discrimen por razón de género en los tribunales*. Tribunal Supremo de Puerto Rico. Comisión Judicial Especial para investigar el discrimen de género en los tribunales de Puerto Rico.
- Roura, A. (1997). *La mujer ante el espejo: Apuntes sobre el amor*. Barcelona: Thassàlia.
- Sanz, F. (1990). *Psicoerotismo femenino y masculino*. Barcelona: Kairós.
- Sanz, F. (1995). *Los vínculos amorosos*. Barcelona: Kairós.
- Szil, P. (1997). *Los ciclos vitales en los hombres y sus significados. Mitos y Símbolos*. Jerez: V Jornadas Andaluzas de Salud y Mujer.